

RECENSIONES

SEYMOUR MARTIN LIPSET y ALDO SOLARI: *Elites in Latin America*. Oxford University Press, Nueva York. 1967. 531 páginas.

Es posible que la sensación, un poco agobiadora, de insuficiencia que deja la lectura de este libro, tentador por el título, sugerente por la abundancia de cuadros y referencias que salta a la vista como resultado de una primera y superficial ojeada, se deba única y exclusivamente al hecho de ser una obra de colaboración. Pocas veces las obras de esta clase resultan satisfactorias, incluso en el caso—éste es uno de ellos—en que la colaboración corresponda a verdaderas autoridades en la materia elegida para el estudio y la exposición. El sólo hecho de que un tema se divida en capítulos para que cada uno sea confiado a una personalidad distinta lleva implícita necesariamente la idea de cierta desigualdad. Cada uno de los especialistas tiende, acaso inevitablemente, a dar una importancia vital a su propia misión, por lo que, en el mejor de los casos, una obra así habría de estar formada por una serie sucesiva de piezas maestras sucesivas expuestas en forma insuficiente, puesto que dentro de la especialización está por lo general la inclinación o la necesidad de rebasar los límites de espacio establecidos o, en el caso contrario, de resumir y extractar.

La unidad que debe, suele salir, de una obra iniciada, desarrollada y terminada por un sólo autor, no es posible en una obra como ésta, con quince capítulos y otros tantos autores distintos, aunque vaya precedida de un prólogo unificador, que aparece firmado por los dos especialistas—catedráticos—que se encargaron de la dirección y que no se sabe cómo han podido entenderse para su preparación. En el caso, es decir, de no ser puramente simbólica la presencia del lugar de residencia, en Cambridge, Massachusetts, de una de las firmas, en Montevideo, Uruguay, de la otra.

Esta misma disparidad geográfica pudiera introducir otro elemento desfavorable en un tratado de aspecto pretencioso y, sin duda, útil también para el especialista de un tema estudiado y expuesto aquí en forma poco asequible o interesante para cualquiera otra clase de lector. Lo que está en evidencia en el prólogo se ve acentuado a lo largo de todo el libro: se trata de una obra que no sólo es de colaboración en cuanto a las personas, sino en cuanto a países o regiones.

En este caso quizá se pudiese llegar a la conclusión de que pudiera no tener aplicación plena el argumento de que un trabajo como este apenas es posible sin la colaboración activa de verdaderos especialistas en una materia que tiene a la vez mucha amplitud y variedad. Porque si bien podría soste-

nerse que pocas veces las personas, sin un contacto largo con aspectos diversos de una cuestión como esta de «la élites en la América Latina», estarían en condiciones de examinar el tema con la debida profundidad, ¿qué se podría decir en apoyo o justificación de la presencia de un buen número de especialistas norteamericanos?

Una y otra vez surge la duda sobre si el tratamiento que se da a muchos aspectos del tema, realmente atractivo, habrá sido condicionado por la necesidad de contraer y resumir la exposición, por deficiencias de investigación o quizá por nada más que preferencias personales. En su ensayo—en realidad son ensayos más bien que capítulos los distintos apartados que forman este libro—sobre «Las élites políticas y la modernización política: la crisis de transición», habla el doctor Robert E. Scott, profesor de ciencia política de la Universidad de Illinois, del triunvirato político de los grandes propietarios, el ejército y la Iglesia, que «fue una real "élite" de poder, en el sentido del término que le dio C. Wright Mills», para advertir que entre las masas y esa «élite» gobernante había un abismo casi insalvable, «con el poder político concentrado en la cúspide». Añade el doctor Scott: «El cuerpo de oficiales y la dirección religiosa salían de la clase terrateniente y había acuerdo entre los tres (grupos) sobre las funciones propias del gobierno y sobre quiénes deberían participar en el proceso político. En semejante sistema altamente estratificado, estos gobernantes se parecían mucho más a una casta dominante que a una clase gobernante.»

A continuación dice: «Hoy, en los Estados latinoamericanos menos modernizados políticamente—Honduras, Paraguay, Ecuador, la República Dominicana, Nicaragua e incluso Colombia—persiste el mismo esquema, más o menos. De la misma manera, en la casi totalidad de los países restantes el tradicional sistema de valores, con su hincapié en el localismo, las normas heredadas y los diseños de acción política profundamente calcados, su desconfianza del gobierno impersonal y de la distante autoridad nacional que niega las relaciones probadas y cálidas de la familia y la confianza mutua compartida por los *hombres de confianza*, continúa prestando apoyo al principio de la *élite*.»

Hay aquí, y en toda la obra, en realidad, mucho que llama la atención, quizá por no comprenderse bien lo que se dice o por no tenerse seguridad plena de que el autor mismo pisa terreno firme o, en cualquier caso, por no haberse dado cuenta de la necesidad en que podría estar el lector de darse cuenta de lo que el autor había querido decir. Por ejemplo, al catalogar, pues eso parece ser lo que hizo el doctor Scott, en una lista completa, los «Estados menos modernizados» de Hispanoamérica, ¿por qué se habrá contentado con mencionar a los que mencionó cuando salta a la vista que quedan otros que están muy cerca de ellos, por lo menos? Y es más: ¿Por qué se le habrá ocurrido incluir a Colombia en este grupo, país en el que, durante años, la vida política alcanzó un alto grado de desarrollo, tanto que acaso hubiese merecido figurar entre los más adelantados y «modernizados» de toda la América Hispana?

En cualquier caso, bastaría con que la cuestión surgiese para hacer necesaria, por lo menos, una explicación de las razones que le han movido para proceder en la forma en que lo hizo. Por lo que resulta inevitable llegar a la conclusión de que quizá el tema esté tratado en forma que es no sólo insuficiente, sino oscura también. En momentos asalta la duda sobre la posibilidad de que pudiera incluso estar deformada por el prejuicio, aunque se tratase de un prejuicio inconsciente, el resultado de una tendencia demasiado fácil al enjuiciamiento de una situación determinada en un país extranjero, tomando como punto de relación para hacerlo los grandes avances que en política y otras cosas se habían hecho en los Estados Unidos.

RECENSIONES

Esta necesidad de una explicación algo más detallada—y convincente tal vez—de algunas de las muchas afirmaciones que se hacen a lo largo de un libro dedicado al desarrollo de un aspecto de la vida hispanoamericana que deja la sensación de haber sido observado casi exclusivamente desde una torre de marfil más bien que desde la cátedra de una Universidad, que suele también encontrarse un poco retirada y al margen de la agitada vida de todos los días, está a menudo en evidencia. Lo está en forma muy aguda en el ensayo del doctor Irving Louis Horowitz, profesor de Sociología de la Universidad de Washington, en San Luis, Estado de Missouri, sobre «las élites militares». Casi siempre hay un tanto de riesgo en todas las afirmaciones de tipo general, por lo que acaso convenga explicar lo que se quiere decir cuando se afirma que, «con la excepción de los Estados Unidos, el Canadá, el Uruguay, Méjico y Costa Rica, todos los gobiernos americanos tienen fuerzas militares políticas». ¿Es o ha sido siempre entera, inconfundiblemente *profesional*, no *político*, el ejército de Méjico? ¿Se puede afirmar de una manera rotunda, decisiva, incondicional, que el elemento o la influencia o el condicionamiento político son algo absolutamente ajenos a la vida militar de todos y cada uno de esos países? No sólo el militar ha puesto de manifiesto, a lo largo de toda la historia de los Estados Unidos, un singular y persistente poder de atracción, desde Washington hasta Grant y Eisenhower, por no decir nada de figuras menores, como Harrison, Taylor y hasta el mismo Jackson, hasta convertirse, con frecuencia, en el factor decisivo en su elección para la Presidencia del país, sino que la influencia—y la presión—política de las fuerzas armadas ha jugado y sigue jugando, acaso ahora más que nunca, un papel de gran importancia en la vida nacional. Y por razones esencialmente políticas se creó una situación delicada en el Canadá, que desembocó, al menos de momento, en la dimisión de una de las primeras autoridades militares—naval—de la nación.

Y cuando después de esto se pasa a la especie de resumen que nos da el profesor Horowitz, ¿qué se hace si no saltar de unas generalizaciones defectuosas o arriesgadas a la extravagancia pura y simple? Dice que «dentro del cuadro de los establecimientos internos (de Hispanoamérica) hay variaciones importantes y considerables. Un comentarista astuto de los asuntos latinoamericanos ha distinguido cinco tipos: La forma caudillista, en la que el jefe nacional es invariablemente un alto oficial de las fuerzas armadas; la forma depositaria, en la que el poder reside en los militares, pero en la que se permite que la política de partidos adopte el estilo civil; la forma orientadora, en la que se impide que formas desviacionistas de la vida política se hagan con el poder, mientras que las normas tradicionalistas o constitucionalistas no encuentran entorpecimientos; la forma consensual, en la que existe el gobierno civil con el consentimiento tácito de los militares, pero sin su interferencia, y la forma del veto, en la que los militares actúan como una facción en sí y de por sí, pero sin tener, por otra parte, poder político. Así, se puede advertir que sólo existe una diferencia muy a lo gordo entre las «élites» militares profesional y política, un hecho que es tan cierto en los Estados Unidos como en cualquier otro Estado del hemisferio occidental».

Es una observación ésta con la que, en cierto modo, se coloca el profesor Horowitz un tanto a cubierto de los ataques a que se expuso un poco antes con su tendencia a las generalizaciones. (Incidentalmente, ese «comentarista astuto» a que hizo referencia no es hispanoamericano; es uno de los muchos norteamericanos que han convertido la especialización en asuntos hispanoamericanos en una profesión que suele estar convenientemente remunerada).

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que en esta obra se advierta un propósito deliberado de presentar un aspecto importante de la vida hispanoamericana en forma capaz de insinuar que tiene justificación abundante la

RECENSIONES

política—y las relaciones—interamericana de los Estados Unidos. Porque es el mismo profesor Horowitz quien advierte que «detrás del tamaño y la fuerza militar en la América Latina están las decisiones políticas de los Estados Unidos. Se ha demostrado que, en buena medida, los atrincherados establecimientos militares de los países latinoamericanos cuentan con el endoso de los Estados Unidos; que tal endoso se hace en nombre de la seguridad internacional o hemisférica, sin consideración alguna para los usos actuales que de ellos hacen los militares para la represión interna; que los programas de ayuda exterior de los Estados Unidos se han desviado de manera creciente de la base civil hacia la militar y que, finalmente, tales programas son, en lo fundamental, una derivación reciente y no representa una orientación a largo plazo. Por tanto, están sujetos a un cambio de orientación».

JAIMÉ MENENDEZ

JÜRGEN DOMES: *Kulturrevolution und Armee*. Bonn, 1967, Studiengesellschaft für Zeitprobleme Bad Godesberg. 134 páginas.

Desde que estalló la «revolución cultural» en la China comunista, en 1965, el mundo viene preguntándose, con razón o sin ella, sobre el auténtico significado de la misma. En un principio, la figura de Mao parece ser la llave para explicar los acontecimientos producidos desde entonces, trátase de la lucha intestina por el poder entre diferentes fracciones revolucionario-comunistas o de su pensamiento como la base del futuro hombre chino y asiático en general. Sin embargo, ¿cuál es el papel designado por Mao a las fuerzas armadas en dicha revolución? que, según la teoría maoista, representan una unidad con el pueblo entero. Mientras tanto, tal unidad no existe, ya que la resistencia contra Mao desempeña una función considerable en este gigantesco proceso de «saltar del pasado directamente al futuro», sin poner los pies en el presente.

En 1938, Mao escribe que el fusil ha de estar al servicio del Partido, nunca al revés. Su teoría de la guerra, estrategia y revolución, parece estar puesta a prueba con la revolución cultural. Interesan, en efecto, varios aspectos de los acontecimientos: antecedentes y la propia «gran revolución cultural», organización y potencia de choque de las fuerzas armadas, grupos leales, adoctrinamiento y discusión acerca de los problemas estratégicos dentro del Ejército popular de liberación en 1965/66, el papel del Ejército en la primera y segunda fase de la «revolución cultural» en 1966 y ¿hay crisis en el seno de las fuerzas armadas?

Una vez puesta en evidencia la crisis económica en 1960-61, las fuerzas pragmáticas del Partido logran imponer un curso moderado en la política. Durante los años 1964 y 1965 empiezan a manifestarse tendencias de una nueva reorientación política del Partido. Según Helmut Dahn, se trata de: 1. la interpretación de la dialéctica de unidad y lucha entre contradicciones; 2. la discusión libermano-china en el campo económico respecto a la posibilidad de cambiar el proceso de los medios socialistas de producción en el sentido de una política dirigida de mercado, salarios, precios e inversiones; 3. la reivindicación, en la literatura china, de crear, conforme a las condiciones de vida del hombre mediocre; es decir, preocupándose por gente de la calle sin ambiciones revolucionarias; 4. la exigencia de enjuiciar objetivamente el fondo histórico de los emperadores, reyes, generales y cancilleres.

Estas tendencias encontraron un eco positivo entre numerosos funcionarios en el Politburó del P. C. Ch.; asimismo, entre militares. Sin embargo

Mao intenta ya en septiembre de 1965 poner en marcha un contragolpe, pero al fracasar su propósito se retira a Shanghai contando con la colaboración incondicional de Lin Piao. El proceso de adoctrinamiento de los cuadros militares, dirigido por el ministro de Defensa Lin Piao, sobre todo a partir de 1961, hizo que éstos pudieran intervenir en la disputa directamente a través de las tres siguientes fases: 1. Hasta agosto de 1966, los maoístas consiguieron reconquistar las posiciones en el comité municipal de Pekín, así como dentro del aparato de la propaganda del Partido; someten a su control la guarnición de la capital y los más importantes intelectuales; 2. Hasta finales de 1966 y comienzos de 1967 la oposición se vio debilitada en el Politburó; acto seguido aparecen en las calles organizaciones y grupos de «guardias rojos»; se inicia el proceso de revolucionarización de las masas populares; 3. Los acontecimientos se precipitan y desde enero de 1967 se manifiestan síntomas de una fuerte resistencia entre la población; la estructura de mando dentro del Partido y del Estado se viene descomponiendo aceleradamente y Mao lanza un grito de socorro a las fuerzas armadas.

Durante las dos primeras fases, el Ejército figura como factor promaoísta contribuyendo a los éxitos de los extremistas de la izquierda. Sin embargo, cuando el 23 de enero de 1967 Mao y Lin Piao ordenan una intervención directa de las tropas a favor de sus partidarios, el Ejército se quedó casi en su totalidad pasivo.

Una parte se puso abiertamente al lado de los maoístas, otra pasó al bando contrario, el resto permaneció «neutral». Tal podría ser la definición de la postura de las fuerzas armadas durante los primeros meses del año 1967. De las veintiocho regiones militares dieciocho consiguieron mantenerse al margen de la lucha interpartidista, limitándose, en la mayoría de los casos, a acciones policíacas contra excesos de los grupos maoístas, pero sin renunciar a la lealtad y fidelidad al régimen de Pekín. No responden a los hechos afirmaciones de estallar en la China continental una guerra civil, ya que la figura de Mao y el impacto de su ideología son los únicos factores determinantes en el país. Es probable que este hecho se deba a un compromiso entre las autoridades centrales del Partido y sus lugartenientes en provincias.

El resultado práctico de la actual lucha interpartidista queda plasmado dentro de la posibilidad de descentralización de algunas funciones del Partido, y de su control, especialmente. El tradicional regionalismo chino parece haberse impuesto a las tendencias extremadamente centralistas y el papel del Ejército es más bien favorable a una federalización del sistema vigente, ante todo desde el punto de vista administrativo. La única duda persiste en si las fuerzas armadas sigan siendo el principal factor de apoyo y protección para el sistema político e ideológico de Mao. Porque el «fusil» empieza a escaparse al control del Partido...

S. GLEJDURA

BUCHANAN PARKER THOMSON: *Ayuda española en la guerra de la independencia norteamericana*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1967. 206 págs.

JOSÉ L. FRANCO: *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México*, tomo I, Política continental americana de España en Cuba. 421 páginas. Tomo II, Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe. 1789-1854. 363 páginas. Academia de Ciencias, La Habana, 1965.

Un retraso considerable en la llegada de los abultados tomos en que se resume y expone una larga tarea de investigación de José L. Franco, periodista e historiador cubano, ha hecho posible reunir aquí dos obras con apenas nada

RECENSIONES

común, en apariencia, entre sí. Se podría ir más lejos todavía, para llegar a la conclusión de que se trata de temas en el fondo antagónico, lo que en cierto modo acaso tuviese la justificación del contraste, pues en un caso se trata de la ayuda prestada por España a unas colonias americanas para la conquista de la independencia y el otro se trata más bien del empeño y el esfuerzo sostenidos por evitar que otras colonias alcanzasen una parecida finalidad.

Es posible encontrar también alguna justificación más, sin embargo. La circunstancia llamativa, por ejemplo, de que la nación que prestó una gran ayuda, en ocasiones acaso una ayuda extraordinaria y de especial eficacia, a los que lucharon en condiciones no siempre ventajosas por hacer realidad aquella Declaración de Independencia preparada y firmada por Jefferson y otros, acabase encontrándose, antes de mucho tiempo, con que una de las grandes, con frecuencia la mayor, dificultades a que hubo de hacer frente en su propósito de continuar en posesión de un vasto imperio colonial en el Nuevo Mundo, salía precisamente de la joven república a cuya creación tanto había ayudado.

Animado por la curiosidad, según confesión propia, el señor Thomson llevó a cabo una larga tarea de investigación que le permitió responder al fin en forma muy distinta a como había oído él responder miles de veces a la pregunta que le fue llamando más atención: «¿Qué sabe usted de la ayuda prestada por España a los Estados Unidos en nuestra lucha por la independencia durante la Revolución?» La respuesta que recibía, invariablemente, este norteamericano con algún interés—un interés apasionante al fin—por lo que aparentemente no interesaba entonces a nadie más, era: «Nada.»

Eso era antes, por supuesto, de la publicación de un libro apuntado por una sólida documentación histórica y escrito en un estilo que podría convertirle sin mucho esfuerzo en una narración novelesca a no ser por la frecuencia de las referencias a una documentación abundante y por la ausencia total del diálogo que hubiera sido necesario para una reconstrucción semejante. El comienzo mismo resulta especialmente atractivo, intrigante casi: «En cierta ocasión, entre los años de 1764 y 1765, tres irlandeses se encontraron en la ciudad de La Habana. Fue una reunión casual y amistosa. Las dos únicas cosas que tenían en común era el hablar español con fluidez y hallarse viviendo lejos de Irlanda, su tierra natal. Fue el padre Butler, rector del Colegio de Jesuitas de Cuba, quien primeramente puso en contacto a Oliver Pollock, recién llegado de Coleraine, Irlanda y Filadelfia, con el capitán general de las tropas españolas, Alejandro O'Reilly, del Ejército de Carlos III.»

Pollock es objeto, sin duda, de frecuentes referencias en los libros de historia de los Estados Unidos, por el papel que jugó en cosas como la obtención una vez de «10.000 libras de pólvora», sin las cuales posiblemente la situación de los que estaban empeñados en una dura guerra de independencia hubiese sido más comprometida de lo que pudo haber sido en diversas ocasiones. Casi siempre, sin embargo, aparece como «agente», palabra que suele tener un significado especial y a menudo con inflexiones peyorativas. Pero de lo demás, del ambiente y, sobre todo, de cómo fue posible la actuación de Pollock, nada o casi nada es lo que se suele decir.

Apenas una sola palabra sobre lo que da un interés especial y este libro, que abunda en episodios como los del capítulo sobre los «Planes españoles para la ayuda desde Nueva Orleans», cuando estaba allí, de gobernador, Bernardo de Gálvez, de quien se dice que tuvo muchas oportunidades de demostrar su habilidad como administrador y diplomático en un período de ayuda no oficial a los americanos. «Para asegurar el secreto de sus operaciones en favor de la causa americana, con la ciudad llena de espías y bajo la mirada suspicaz

del cónsul británico en Nueva Orleáns, era de extrema importancia que las órdenes del rey fuesen cumplidas con la mayor habilidad.»

Algo que iba resultando más difícil cada día en unos tiempos en los que todos los puertos de la región estaban sometidos a régimen de bloqueo por los ingleses y apenas resultaba posible encontrar hombres para tripular los barcos destinados a facilitar un abastecimiento que se iba haciendo muy irregular e infrecuente, con la consiguiente subida rápida de los precios.

A los dos meses de haber tomado posesión, de manos de Unzaga—que también llegó a figurar vagamente en algunos relatos históricos norteamericanos, al lado de Pollock, en cosas como esa adquisición de pólvora a que ya se hizo alusión—, fueron despachadas dos reales órdenes, el 20 de febrero de 1777. Una aludía claramente a lo delicado del problema con que estaban relacionadas. Decía: «El portador será un delegado o representante de un comerciante español que envía varios efectos a vuestra provincia para su venta en ella los cuales serán depositados en almacenes ya preparados, después de tener entrada franca».

En un despacho secreto, expedido el mismo día, se explicaba que se trataba de mercancías que pertenecían al rey, pero como era «inconveniente enviarlas en su real nombre para el socorro de las colonias inglesas (en lucha contra Inglaterra), se confiaban a un comerciante que sería nominalmente su propietario».

Fueron «vendidas» a un agente, pero Gálvez y los demás funcionarios coloniales españoles rehuyeron toda conexión con la transacción. «para que Inglaterra no pudiera nunca alegar que España había ayudado a sus enemigos, los insurgentes; en todo caso, si le culpan de algo que sea solamente porque nuestros mercantes les hayan vendido los artículos necesarios».

Se trataba en esta ocasión, según el relato de Mr. Thomson, de seis cajas de quinina, ocho cajas de medicamentos diversos, 108 balas de algodón, géneros y estameña, 100 quintales de pólvora en 100 barriles y 300 mosquetes con bayonetas en 30 cajas.

Como Gálvez llevaba poco tiempo en Nueva Orleáns no creyó encontrar por allí un comerciante de confianza. Le fue enviado uno, Eduardo Miguel, de La Habana. Para encontrarse en seguida con una nueva y seria complicación, porque al instante se advirtió, apenas llegado este comerciante a Nueva Orleáns, que se trataba de un antiguo y conocido servidor del monarca español. Dice el relato del señor Thomson:

«Gálvez se puso nuevamente a la tarea de formular un nuevo plan que no implicara a su gobierno y que, sin embargo, asegurara la entrega del material. Rápidamente envió a Eduardo a La Habana, ya que su presencia era perjudicial para el éxito del proyecto, y lanzó la especie de que los artículos pertenecían al soberano. Así, la pólvora iría a reemplazar la que se había deteriorado en los almacenes; los mosquetes se destinarían al Batallón de Louisiana; las ropas de lana, para las mismas tropas, y la quinina y los medicamentos, para el Hospital del Rey. Después de esto se transferirían a los americanos sin levantar sospechas.

Para disponer de las ropas se anunció que éstas se habían estropeado, comidas por la polilla, y no podían ser usadas por las tropas de Su Majestad. Las mismas se vendieron, bajo juramento, a un comerciante de confianza de Nueva Orleáns, quien clandestinamente las envió a su destino. En cuanto a la pólvora, el mismo comerciante pediría "algunos barriles de cualquier otro género que tuvieran aproximadamente el mismo peso" de la pólvora y que una de las tapas fuera hundida para que revelara su contenido no explosivo, después de lo cual los barriles de la pólvora serían retirados del almacén sin

RECENSIONES

resguardo del superintendente del gobierno. El mismo método se utilizó en el envío de los medicamentos y los mosquetes.»

«Con todo—añade el autor de este importante libro—, Gálvez no quedó satisfecho con operación tan complicada. En una carta a su tío José de Gálvez, le aconsejaba que todas las consignaciones futuras deberían ser enviadas de contrabando a la provincia, sin conocimiento de embarque oficial o entrada libre de derechos en Nueva Orleans, dado que era imposible librar tales embarques del conocimiento público. El rey aprobó sus sugerencias y le ordenó proceder "como fuera más seguro y conveniente en cuestión tan delicada e interesante».

«A principios del crítico año de 1777—añade Mr. Thomson—, el gobernador demostró sus dotes de mando con el establecimiento del importante sistema de aprovisionamiento. Con ello pasó a formar parte del grupo constituido por las tres figuras más decisivas y destacadas en la batalla por el Noroeste: George Rogers Clark, atrevido comandante de las tropas del Illinois; Oliver Pollock, el diplomático comerciante del Comité de Seguridad del Congreso, y Bernardo de Gálvez, grande de España, Halcón de la antigua raza del Azor.»

La Historia se ha encargado de poner de manifiesto las muchas dificultades y las grandes consecuencias, a menudo, con que tropezó España o que fueron surgiendo en el curso de sus relaciones con Inglaterra. No costaría gran trabajo encontrar por aquí alguna explicación, por lo menos, para la ayuda que de España recibieron las colonias inglesas de la América del Norte en su lucha por la independencia. Pero en lo que acaso no hubiese nadie pensado, podido pensar siquiera, es en el resultado de esa ayuda: la creación de un nuevo Estado independiente, la primera república del Nuevo Mundo, donde estaría el comienzo, casi inmediato, de lo que acabó siendo una enemistad que llegó a convertir a los Estados Unidos en una de las mayores dificultades con que tropezó España en su empeño por continuar manteniendo sus vastos dominios coloniales americanos.

Para mediados del siglo XIX estaba claramente de manifiesto lo que José L. Franco define como «la vocación imperial, expansionista, de las clases controladoras de la economía nacional y directores de la política internacional (de los Estados Unidos)». Los comienzos de un conflicto ya generalizado habían empezado mucho antes, sin embargo. Dice el autor de esta obra: «La joven república norteamericana, apenas iniciados sus primeros pasos como el primer Estado soberano del Nuevo Mundo, comenzó sus conflictos internacionales con España en el Pacífico, en el Golfo de Méjico, en Luisiana y en el Caribe, antes de finalizar el siglo XVIII.

Cualquiera que fuese el rumbo que la Historia hubiese podido seguir, la entrada de los Estados Unidos en el concierto de naciones había de suponer el comienzo de dificultades para muchas, todas quizá, las potencias con intereses coloniales en el Nuevo Mundo. Habría muchas cosas, desfavorablemente todas, que añadir a esa constante histórica que mueve a pensar en la inutilidad—agravada por un costo tremendo—del empeño por conservar indefinidamente lo que parece señalado por el destino para acabar un día u otro asumiendo la responsabilidad de su propia independencia.

No supone novedad el pensar en el fracaso inevitable—a su hora—de toda política colonial. Pero a la vista de lo que ha venido sucediendo en los últimos años, los de un proceso de descolonización desarrollado con vertiginosa—apresurada también—rapidez, algún interés tiene la lectura de cosas como las que se dicen en esta «Batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de Méjico». Como cuando se advierte que «no escapó a la amplia visión política del Conde de Aranda las perspectivas peligrosas que al dominio colonial español abría la instauración de una democracia republicana en una tan cercana vecindad».

RECENSIONES

Añade que en un «célebre memorial reservado al monarca», Carlos III, preparado con motivo de la firma del Tratado de Paz de París, de 1783, dio su opinión sobre «el descontento que surgía en las provincias de Ultramar por el mal gobierno de gobernadores y virreyes y las posibles consecuencias que se derivarían de la independencia norteamericana».

Ofrece a continuación un pasaje de este memorial que dice:

«Esta república federativa (los Estados Unidos) ha nacido, digámoslo así, pigmeo, porque la han formado y dado el ser dos potencias poderosas, como son España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerse independiente: mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución, y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias, y no pensará más que en su engrandecimiento: La libertad de religión, la facilidad de establecer las gentes en terrenos inmensos, y las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno, llamarán a labradores y artesanos de todas las naciones, porque el hombre va donde piensa mejorar de fortuna, y dentro de pocos años veremos con el mayor sentimiento levantado el coloso que he indicado. Engrandecida dicha potencia anglo-americana, debemos creer que sus primeras miras se dirigirán a la posesión entera de las Floridas para dominar el seno mejicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con el reino de Méjico siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio, el cual no podremos defender desde Europa contra una potencia tan grande, formidable, establecida en aquel continente y confinante con dicho país.»

Hasta aquí la cita de un memorial que llevó al Conde de Aranda a «proponer al rey deshacerse de todas las posesiones americanas» que tenía España, con la sola excepción de Cuba y Puerto Rico, que deberían conservarse para servir de escala o depósito para el comercio español.

A las «necesidades» de una política expansiva como la de los Estados Unidos, iniciada en el momento mismo de alcanzar la independencia e incluso antes—como indican las tentativas, por ejemplo, de extender al Canadá su propia guerra de independencia—se fueron añadiendo, con el tiempo, otras, capaces de darle nuevas y significativas características. Hasta desembocar en la teoría—y la política—del «Manifest Destiny» y de la proclamación hecha por el profesor de la Universidad de Columbia, John W. Burgess, como recuerda José L. Franco, del derecho de los anglosajones a dominar el mundo, ya que tienen la misión de dirigir la civilización política en el mundo moderno y de aportar esta civilización a las razas bárbaras, y el deber de tener una política colonial.

España y lo que de España ha salido han sido los principales y preferentes objetivos de la política expansiva de la nación a cuya lucha por la independencia se había prestado una ayuda sumamente valiosa y que, por las razones que sean, se ha preferido olvidar, cuando no despreciar. La región del Caribe atrajo desde los primeros momentos, incluso antes de la independencia de las célebres trece colonias inglesas en la América del Norte, la atención y el interés de las gentes de más al Norte, en particular las de Nueva Inglaterra. Recuerda con este motivo el señor Franco lo que han observado—documentado también—autores norteamericanos sobre un interés que se empezó a sentir muy pronto, ya que, según las palabras de otro profesor de la Universidad de Columbia Louis M. Hacker, el comercio de las Antillas productoras de azúcar, importadoras de esclavos y fabricadoras de ron, llegó a ser la piedra angular de la economía de lo que eran todavía unas simples colonias inglesas. Sus barcos, dice el señor Franco, «cargaban todos los artículos necesarios para los plantadores antillanos (animales de trabajo para los molinos, madera para construcciones, azadas, picos, flejes, harinas, alimentos salados y pescado barato

RECENSIONES

para los esclavos) y hacían viajes regulares desde Salem, Boston, Bristol, Newport, Nueva York y Filadelfia, a las Barbados, Barlovento y Jamaica y, posteriormente, a las islas y establecimientos españoles, holandeses, franceses y daneses del Caribe. En éstos recibían metales preciosos, utilizados para el pago de los saldos en la Metrópoli; índigo, algodón, jengibre, pimienta y maderas tintóreas, que transbordaban para Inglaterra, y, sobre todo, melazas y azúcar destinado a las refinerías de Massachusetts y Rhode Island, cuyo ron servía a su vez para adquirir marfil, goma, cera de abejas y los negros esclavos de que las islas del azúcar habían menester».

En fin: se llegó al punto en que «la batalla por el dominio del Caribe era fundamental para el expansionismo norteamericano. Y dio origen a la rivalidad con las potencias europeas que poseían colonias en el Mediterráneo de América: España, Inglaterra, Francia y, en escala menor, Holanda y Dinamarca».

Una historia que resulta, en definitiva, menos entretenida, aunque no menos interesante—se podría casi calificarla de apasionante—cuando se leen estos libros al mismo tiempo.

JACINTO MERCADAL

ANOUAR ABDEL MALEK: *Egipto, Sociedad militar* (Sociedad y Ejército, 1952-1967). Editorial Tecnos. Madrid 1967. 490 páginas.

Muy sabido es y ha sido siempre que Egipto suele figurar constantemente en un primer término de la actualidad política mundial, como consecuencia de su posición geográfica en la encrucijada de tres continentes. Al mismo tiempo, Egipto no ha dejado de ser también el país varias veces milenario donde se inventó una de las más remotas civilizaciones. Antiquísima y contemporánea a la vez, la nación egipcia se ha encontrado sometida a presiones y vaivenes entre lo externo y lo interno; entre las afluencias y confluencias que desde varias partes se precipitan sobre su territorio, y la necesidad de asegurar la continuidad de su existencia, como pueblo y nación, a las poblaciones que allí habitan. Aplicando esta observación a las recientes circunstancias de Egipto en 1967 (sobre todo después del choque armado contra Israel, en junio), se nota que el vaivén de lo mundial tiende a hacer que sobre Egipto como país y la R. A. U. como Estado, las opiniones y los comentarios se exageran en sentido deliberadamente favorables o desfavorables, según las ideas preconcebidas que los comentaristas tengan sobre el Cercano Oriente, el sionismo, el arabismo o las posiciones de las grandes potencias.

Sin embargo, la verdad de Egipto depende de lo local tanto o más que de lo internacional, y por eso su conocimiento en sentido de profundidad es mejor que el del sentido de extensión. Así, conviene tener a la vista el panorama de la existencia colectiva del pueblo egipcio, en las distintas facetas políticas internas y económico-sociales, a través de las etapas de la revolución que comenzó en julio de 1952.

En este sentido, el libro de Anuar Abdel Malek tiene una gran utilidad en el enfoque y el desarrollo, aunque sus juicios personales no sean a veces bastante imparciales ni desapasionados. Su autor desempeñó, antes y después de la revolución, un papel destacado en los movimientos izquierdistas que entonces se llamaban «nacional-demócratas», pero que después fueron quedando como grupos de oposición latente. Anuar Abdel Malek se marchó en 1959 a París donde trabaja como técnico en el francés «Centre National de la Recherche

Scientifique», pero no olvida seguir desde lejos la trabajosa evolución de su país. Su libro «Egipto, sociedad militar» apareció en París el año 1961; y en 1967 la edición española añade muchos datos puestos al día por el autor. Precisamente la profusión de estos datos y su minuciosa exposición es lo que da a la obra de Anuar Abdel Malek un gran valor documental (aunque no siempre pueda estarse de acuerdo con sus valoraciones de los hechos y las personas).

El libro de Abdel Malek es esencialmente el análisis de una actualidad enfocada en términos sociológicos, y considerando como punto de partida a aquello que constituye el núcleo profundo de la especificidad egipcia, formada por el paso de siete mil años de historia dentro de un marco geográfico inmutable. Ya en los tiempos faraónicos sólo era cultivable y aprovechable un 3 por 100 del país, en los bordes regables del Nilo. La vida de todo Egipto y todo su pueblo dependía de asegurar un sistema de almacenaje, distribución y dragado de aguas del cual sólo podía hacerse cargo un poder central fuerte y bien organizado. Así los momentos de fuerza y gloria del país del Nilo han sido aquellos en que «el Estado, señor de las aguas, se encuentra colocado en el corazón de la vida, puesto que posee lo esencial, el ejército, pieza central del aparato estatal, espada y escudo, forma parte integrante de la estructura y de la actividad económica y social; ya es igualmente un instrumento constitutivo de la vanguardia del movimiento nacional».

Este fondo perdurable de fundamentos geopolíticos, que Anuar Abdel Malek pone de relieve y repite con insistencia desde su prólogo a la edición española, constituye asimismo un enfoque de planteamiento para comprender el fenómeno político reciente y actual, que desde fuera de la R. A. U. se ha dado en llamar «nasserismo» (denominación que, por otra parte, no es exacta ni objetiva). Sobre ese supuesto «nasserismo» dice Abdel Malek en su prefacio que es necesario valorarle examinando sus dimensiones y posibilidades; es decir, evitando tanto las exageraciones pesimistas de creer que es «subversión», como la demasiado optimista de querer ver en él «una curva lógica y sin quiebras».

El mismo Abdel Malek reconoce la necesidad que originó el advenimiento de los jefes de la revolución de julio de 1952, al reproducir (en la página 72) un párrafo del presidente Gamal Abdel Nasser. Es un párrafo en el cual se recuerda cómo la naturaleza social del actual régimen militar que gobierna desde El Cairo está dentro de la línea de necesidad histórica para el pueblo del Nilo. Allí Abdel Nasser dice: «La razón principal que ha provocado la Revolución reside en la necesidad de ampliar el espacio vital frente al crecimiento de población, que se cifra en millones en el curso de los últimos años, hiriendo de parálisis al aparato productivo, amenazando incluso con su detención, lo que representa muy graves peligros para el país.»

Resulta, por tanto, que en Egipto, las tradiciones centralistas de un poder fuerte tienden a que ésta sea la solución típica a su problemática peculiar. El actual régimen, que puede calificarse de «militar-teocrático», entra dentro de la línea de dicha peculiaridad, y ve impuestas sus opciones socialistas por el hecho de tener que actuar partiendo de un fondo de masas populares. Según explica Anuar Abdel Malek, la vía del régimen puede ser denominada «Vía nacionalitaria» y no «nacionalista», porque todo converge, en efecto, hacia la constitución, la re-constitución, la recuperación de la nación y el Estado nacional. No se trata tanto de rechazar lo ajeno como de afirmar su ser nacional propio.

Muy curiosa es en este enfoque general de Anuar Abdel Malek la evidencia de que personalmente él tiene más de opositor contra Abdel Nasser y sus colaboradores, que de favorable. En la prolija sucesión de datos que acumula sobre las etapas sucesivas de la historia contemporánea egipcia entre 1952 y

RECENSIONES

1967 están expuestas en primer término la mayor parte de las contradicciones y las alteraciones del régimen de la R. A. U., mientras que las realizaciones positivas sólo son aludidas incidentalmente. Sin embargo, parece ser que Anuar Abdel Malek no niega ni rechaza la necesidad de la revolución militar y su socialismo peculiar, sino que él está sobre todo en desacuerdo con los procedimientos de aplicación.

En su empeño predominante (que es el de la crítica obstinada y tenaz) Abdel Malek detalla los motivos que existen para considerar como un fracaso la obra de la reforma agraria, que desde 1953 fue proclamada como uno de los motivos más urgentes de la revolución. Pero en el otro empeño complementario de la objetividad ante los objetivos puede citarse el interés benévolo hacia la Carta de Acción Nacional que propuso Abdel Nasser el 21 de mayo de 1962. Y quedó implantada desde 1964. Dicha Carta Nacional es definida como «un documento-eje, que efectuaba el balance de las obras y tentativas realizadas y prescribía la acción nacional a todo el país. En ella Abdel Nasser rendía homenaje al pueblo egipcio y confirmaba la necesidad de la Revolución.

En resumen, el libro «Egipto, Sociedad militar» parece nacido del deseo de encuadrar los acontecimientos contemporáneos del país del Nilo, dentro de unas líneas estrictas de estructura sociológica, y eso explica el cuidado que pone en marcar las etapas escalonadas que han seguido los acontecimientos.

Comienza en la primera parte por el análisis de la sociedad egipcia en la víspera del golpe de Estado; sigue por la naturaleza social del régimen militar; la búsqueda de una ideología nacional y la validez de la experiencia egipcia. Políticamente, en este último sector se destacan los rumbos del neutralismo, el nacionalismo unitario árabe y el socialismo democrático-cooperativista, concebido como sistema adecuado a las peculiares necesidades de los pueblos de formación cultural y social árabe.

El fondo común de lo positivo y lo negativo está en algunos hechos indudables, de etapas logradas en una dura y penosa evolución. En el campo de lo económico es indudable que ha sido desenraizada la posición controladora del capitalismo extranjero o extranjerizado. Ahora el poder de decisión se halla íntegramente en manos egipcias y (según Anuar Abdel Malek) hay que esperar la fusión de las principales corrientes de pensamiento egipcio en el socialismo técnico de los más diversos matices. Por lo pronto en los sectores del adelanto humano ya existen realidades tan positivas como la aplicación de la enseñanza gratuita con una escorización que pasa del 80 por 100; y el hecho de que el término medio de vitalidad del pueblo egipcio ha aumentado gracias a las intensas obras sanitarias.

RODOLFO GIL BENUMEYA